

El nacionalismo esteuropeo: ¿ha terminado la caída?

Pedro Castro Martínez

Donde se derrumba un régimen antiguo, donde se desmoronan las relaciones sociales ancestrales, donde surge profunda inseguridad, queda la pertenencia a un grupo, la lengua y la cultura comunes siguen siendo lo único a qué aferrarse, el último valor por encima de cualquier duda.

Mirolav Hroch, historiador checo

El presente ensayo hace una reflexión acerca del fenómeno nacionalista en Europa del Este después de la caída del socialismo real. En apoyo a este propósito, se considera el término en el plano teórico y filosófico, y también las formas concretas que asume el fermento nacional. El planteamiento primario de este trabajo es que el nacionalismo es una constante en la historia de los pueblos europeos, ligado circunstancialmente a ideologías y prácticas políticas de signo opuesto. También es destacable que el socialismo real, que proclamó sin descanso el internacionalismo proletario y combatió sin tregua todo género de patriotismos, fue solamente un paréntesis en el devenir de un fenómeno cultural complejo y arraigado. Los efectos de su presencia son a menudo trágicos, y su desaparición como idea y programa, en este momento, ni siquiera se vislumbra.

Las consecuencias de la relación caída del socialismo-ascenso del nacionalismo virulento llegan más lejos en la guerra en la antigua Yugoslavia. Ejemplo de una madura convivencia entre pueblos y religiones diferentes, este país resintió más que ningún otro el rompimiento de los equilibrios titistas y la caída de un modelo de socialismo que se proclamaba original y superior. En el trabajo que presentamos se abunda en el tema, porque es el caso extremo del fin de una época, del tránsito violento de una ideología a otra, y porque es un microcosmos de un universo territorial más amplio: el de la ex-Unión Soviética.

¿Qué es el nacionalismo?

El nacionalismo es un credo y una práctica que sostiene la congruencia entre la unidad nacional y la unidad política. Fenómeno desconocido antes del siglo XVIII, el nacionalismo tomó un fuerte impulso en todo el mundo a partir de Europa Occidental y Norteamérica y se convirtió en “idea-fuerza” universal (Kohn). La tesis de los padres fundadores del “movimiento de las nacionalidades” era que el sentimiento nacional, por naturaleza, estaba dispuesto a respetar los intereses de los diferentes grupos étnicos, lingüísticos y religiosos que convivían en un mismo espacio. El ascenso del nacionalismo doctrinario se vinculó además con la soberanía y eminencia de la voluntad popular, la secularización de la sociedad, el debilitamiento de las antiguas lealtades tribales, así como la difusión de la urbanización, la industrialización y el progreso de las comunicaciones. Sin embargo, el nacionalismo no tardaría en ser expresión amplia y variada de todo tipo de ideologías, desde las democráticas hasta las de extrema derecha.

La demanda popular de un gobierno de la misma composición étnica que la mayoría de un país o región es una constante en el nacionalismo a lo largo de su historia. También lo es la aspiración de cada pueblo que despierta al nacionalismo poseer la autodeterminación política y ser distinto e independiente en la comunidad mundial. Esta postura, signficante de un gran avance político, enseñaría también sus uñas escondidas. Con la ascensión de los nuevos Estados nacionales en el siglo XIX y XX se iniciaron disputas a causa de derechos históricos reales o ficticios sobre territorios fronterizos. Estados hermanos que alcanzaron juntos su independencia, se enfrentarían luego por la posesión de determinados espacios, a pesar de afinidades y pasado común de opresión. Por otro lado, nacionalidades que habían exigido y obtenido su liberación a menudo repetían la historia, pero ahora haciendo el papel de verdugos sobre nuevas minorías. Sus respectivos gobiernos se transformaban en instrumentos de poder político y militar de la nacionalidad dominante sobre el resto de las que habitaban el territorio, y negaban la igualdad a las restantes nacionalidades en “su” Estado.¹

Para bien o para mal, desde el fin de la Primera Guerra Mundial el principio de las nacionalidades con derecho a un Estado propio

¹ Kohn, Hans, *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Madrid, Aguilar de Ediciones, t. 7, 1978, p. 309.

se convirtió en carta universal. El presidente Woodrow Wilson manifestó su convencimiento de que los Tratados de Versalles debían promover y respetar el principio de las nacionalidades como condición para la paz futura. A partir de la primera posguerra, en todos los continentes emergieron nuevos países, sobre todo después del ocaso de los imperios históricos. Es válido afirmar que el siglo XX fue el de la fundación de muchos nuevos países. Por lo demás, la consolidación de los espacios políticos bajo la égida de nuevos centros de poder estabilizaron fronteras nacionales y mantuvieron a raya la aparición de los nacionalismos agresivos (con excepción del interludio nazifascista). En algún momento se llegó a pensar que el nacionalismo como "idea-fuerza" había pasado a mejor vida, y que las diferencias entre los pueblos —étnicas, religiosas, lingüísticas— eran solamente manifestaciones sanas y deseables de un hecho cultural que no entrañaba posibilidades de conflictos. Se daba por sentado que el progreso de las comunicaciones acercaría cada día con mayor fuerza a los habitantes del planeta a unos con otros, y que las postrimerías del siglo XX serían los años del supranacionalismo.

Al nacionalismo tradicional se le enfrentó, desde 1917, el socialismo real europeo. En la Unión Soviética y en los países bajo su influencia, se cultivaba la idea de que el nacionalismo era un fenómeno propio del capitalismo y que el internacionalismo proletario era valor supremo de la convivencia entre las naciones socialistas. En el plano de la doctrina desde Marx y Lenin la fraternidad obrera más allá de las fronteras debía estar por encima del egoísmo presente en la defensa de interés nacional. Con el tiempo, los nacionalismos se irían diluyendo y quedaría en su lugar una verdadera hermandad entre los hombres más allá de sus razones manifiestas; salía al paso de la circunstancia de explosividad étnica en países como la Unión Soviética o Yugoslavia. Sus dirigentes conocían de sobra la delicadeza con la que tenían que actuar en este campo. Y el tiempo les dio la razón.

Principio de una ilusión

La Primera Guerra Mundial resultó ser una guerra nacionalista por excelencia, al menos para Europa. En su origen está el asesinato del heredero del trono imperial de Austria-Hungría, en junio de 1914, por un fanático nacionalista serbio en Sarajevo, capital de Bosnia.

Lo que comenzó como una guerra localizada entre la Austria-Hungría imperial y la Serbia nacionalista, se convirtió en breve en una terrible guerra continental. La Gran Guerra terminó no solamente en el triunfo de Serbia sobre Austria-Hungría, sino en la victoria, en toda Europa, del nacionalismo sobre los imperialismos históricos.²

El Congreso de Paz de París de 1919-1920 reconoció el principio de las nacionalidades autónomas. El mapa del continente europeo se volvió a dibujar, después del desmembramiento de grandes imperios: la monarquía bicéfala austro-húngara, el Imperio Otomano, el ruso y el alemán. Estados pequeños o provincias dejaron su identidad y nombre histórico y se incorporaron a regiones pobladas por gente de su mismo árbol lingüístico. De este modo, se formaron o restauraron seis Estados nacionales independientes: Polonia, Checoslovaquia, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia. Hubo otros seis que se extendieron y consolidaron: Serbia (como Yugoslavia), Rumania, Grecia, Italia, Francia (que recuperó Alsacia y Lorena) y Dinamarca (que obtuvo el Schleswig Septentrional). Cuatro Estados que habían sido imperios quedaron reducidos a una nacionalidad mayoritaria: Alemania, Austria alemana, Hungría magiar y Turquía. Los soviéticos acordaron ceder los Estados bálticos (Polonia y Finlandia inclusive) y consintieron en la anexión de Besarabia a Rumania.³

Las nuevas fronteras europeas eran, sin duda, mejores que las antiguas; sin embargo, el nuevo orden político adoleció de graves errores. En muchos lugares, principalmente en los países balcánicos y en el Sudeste europeo, las relaciones étnicas fueron tan confusas que no se aceptaban las fronteras sin reparos. Por otro lado, la codicia, las ambiciones políticas y los acuerdos secretos ahogaron a menudo el respeto debido a la autonomía nacional y en muchos casos dominaron las consideraciones económicas y estratégicas.

A pesar de las intenciones, era imposible reestructurar el mapa de Europa fundándose exclusivamente en consideraciones nacionales. En los dominios imperiales precedentes, se había producido una enorme mezcla de personas, de tal manera que cada Estado nacional que se instauraba o ampliaba, contenía un número considerable de habitantes de otra nacionalidad. Hubo ocasiones en que las

² Hayes, Carlton. J. H., *El Nacionalismo: una religión*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTHEA), 1966, p. 165.

³ *Ibid.*, p. 166.

fronteras se determinaron por medio de plebiscitos. Estos, sin embargo, no siempre solucionaban el problema de las minorías nacionales, porque los vencedores en la guerra delimitaban las fronteras en forma tal que sus enemigos quedaran castigados. Así por ejemplo, se impidió que la Austria germana se uniera a Alemania, lo cual iba en contra del principio de las nacionalidades. Además, algunas de las fronteras entre los diversos Estados nacionales —por ejemplo, entre Italia y Yugoslavia— se delimitaron en forma tan absurda, que tendían a acentuar, en vez de aliviar, las presiones nacionalistas. Tampoco aliviaron las ansias nacionalistas las promesas arrancadas en París a los países liberados o engrandecidos, como Polonia y Rumania, de que concederían derechos especiales a las minorías nacionales.

El replanteamiento de las fronteras europeas bajo el principio de las nacionalidades demostró la imposibilidad de satisfacer a todos, y en muchos casos repitió las historias de mayorías dominadoras y minorías oprimidas. En Checoslovaquia quedó un significativo número de polacos y húngaros; en Polonia de ucranianos y en Rumania de húngaros. El experimento más atrevido fue el de Yugoslavia, un Estado multiétnico con los serbios a la cabeza. En ninguna otra parte como aquí la búsqueda de equilibrios regionales, étnicos y religiosos se convirtió en delicado arte de la política, antes y después de la Segunda Guerra.

Con la liquidación de los imperios alemán, austriaco, ruso y turco parecía que una era de libertad y autodeterminación estaba a punto de empezar, presidido por la Liga de las Naciones. Pero tres años después de que el presidente estadounidense Woodrow Wilson regresara de París, la democracia parlamentaria y el liberalismo estaban desapareciendo en una buena cantidad de países. Los fascistas gobernaban en Italia, y en Munich Adolfo Hitler daba inicio a su incontenible marcha hacia el poder. Los años entre una guerra mundial y otra estuvieron marcados por el fervor nacionalista de derecha. Los regímenes nazifascistas, pequeños y grandes, hicieron un uso extensivo e indiscriminado de la propaganda chovinista para movilizar a las masas, silenciar la crítica doméstica e instigar odio por los enemigos “internos y externos”. La existencia de minorías alemanas más allá de las fronteras germanas fue el pretexto para que Hitler se lanzara a la conquista de territorios europeos, iniciando la segunda conflagración mundial. La búsqueda de la llamada Gran Alemania sería *lett motto* de los avances nazis sobre Europa y un funesto ejemplo a seguir por agresores en el futuro.

En 1945 Alemania era derrotada, al igual que Japón, a manos de lo que se consideraba la alianza de las fuerzas progresistas del mundo. La amistad con la Unión Soviética se convirtió en el objetivo principal de la política exterior de los Estados Unidos, pero tres años después los grandes aliados eran enemigos. En Asia, Japón se convertía en bastión estadounidense, y China Popular en peligroso contrincante. En Europa la mitad del continente se consolidaba en zona bajo la influencia soviética, y estaban vivos los temores de su eventual expansión al resto de los países del Viejo Continente. La Guerra Fría había empezado y tomaba fuerza con rapidez, para dominar la historia del mundo por las cuatro décadas siguientes.

El orden resultante de la Segunda Guerra Mundial significó un paso adelante en la estabilización de las fronteras étnicas en Europa Central y Oriental. Polonia fue desplazada 200 kilómetros hacia el oeste, con ganancia territorial otorgada por los soviéticos, convirtiéndose así en un Estado étnicamente homogéneo, mientras que Checoslovaquia quedó formada por dos naciones aliadas, la checa y la eslovaca. En una transferencia rápida, Moldavia pasó a ser parte de la Unión Soviética. Destaca de manera significativa que los Estados de Europa central y oriental, a pesar de sus diferencias históricas, quedaran en paz gracias al control soviético, a excepción de Yugoslavia. Esta, paradójicamente, sería la heredera de los centrifugismos del Imperio Austro-Húngaro, que a la postre le llevaría hacia un destino similar.

Los nacionalismos estatales se mantuvieron en el mundo socialista de Europa y Asia, a pesar de que una de las tareas históricas del socialismo era precisamente su desaparición, por ser herencia de un pasado superado. La realidad es que casi desde el principio de la existencia del bloque soviético, los intereses nacionales en conflicto crearon agudas tensiones entre los miembros del campo socialista. La política de gran potencia de la URSS le trajo dificultades primero con Yugoslavia y luego con la República Popular China y Albania, que llevaron al virtual rompimiento entre ellos. Los rasgos imperialistas de la política tradicional de Rusia y China volvieron a aparecer, modificados y rejuvenecidos, pero ahora por la ideología comunista. En un acto temerario, en 1948 la comunista Yugoslavia afirmó y mantuvo su independencia frente a la Unión Soviética. Yugoslavia, a su vez, mantuvo su política de reivindicaciones territoriales de carácter nacionalista en sus relaciones con sus vecinas Albania y Bulgaria. Una vez "depurado" el bloque soviético, las agresiones de Moscú contra Hungría y Checoslovaquia con el argumento de la

defensa del socialismo no pudieron esconder el dominio del imperio sobre naciones inermes. A pesar del internacionalismo proletario, de la fraternidad entre los países socialistas y de la creación del bloque económico-comercial llamado Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), las naciones comunistas estuvieron siempre más lejos de una unión federativa supranacional que las de Europa Occidental.

El fin de una ilusión

El final de la Guerra Fría y del enfrentamiento nuclear entre las superpotencias hicieron pensar en el principio de una nueva era en la historia de la humanidad, en la que fuese posible una verdadera convivencia universal. Sin embargo, las disputas ideológicas cedieron paso casi de inmediato a los enfrentamientos étnicos y raciales, sobre todo en Europa Central y Oriental. Una paradoja que no sorprende a nadie es que mientras el mundo se vuelve más interrelacionado, por otro lado se da una fuerte afirmación étnica en lo que una vez constituyó el bloque soviético.

Las grandes expectativas que nacieron con la liquidación de la Guerra Fría muy pronto se fueron a pique. La “epidemia de locura ultranacionalista” no atestiguó el fin de la historia, sino una nueva desilusión causada por el nacionalismo. Ya antes en el siglo XX se había creado un sentimiento semejante. Ahora hay una docena de pequeñas guerras tribales. En lugar de paz universal, hay masacres en los Balcanes, en el Cáucaso, en Asia Central. Checoslovaquia y Yugoslavia se han dividido. Los símbolos y *slogans* de Hitler y Mussolini desfilan de nuevo en países donde se suponía que el nazifascismo había sido extirpado de raíz. El socialismo internacional no existe más, mientras el nacional-socialismo parece tomar fuerza entre sectores descontentos de algunos países de Europa.

Hay quienes suponen que el derrumbamiento de la Unión Soviética y el brote de conflictos minoritarios étnicos y territoriales son los peligros principales para la paz y la seguridad en Europa. El nacionalismo, esa enfermedad infantil controlada durante décadas por los comunistas desde la Revolución de 1917, remitió con una fuerza casi olvidada. Las cifras varían, pero hay acuerdo en que la conflictividad nacional-étnica es alta en términos reales, y más todavía en los potenciales, como resultado del virus del “nacional-fundamentalismo” (Leonid Ionin), “total-nacionalismo” (Edgar Morin), “nacionalismo integral” (Carlton Hayes) o pura y simplemente la

reivindicación patriótica o patriotera. Hay de 500 a 3,500 grupos de gente en el mundo que se describen a ellos mismos de alguna manera como una “nación”, pero sólo 180 más o menos son reconocidos como Estados-Nación, haciendo virtualmente ilimitado el potencial para el conflicto étnico futuro. Hugh Miall, del *Royal Institute of International Affairs* de Londres, y estudioso de los conflictos étnicos, estima que hay alrededor de 125 disputas étnicas o nacionales solamente en la antigua Unión Soviética, con 25 clasificadas como disputas armadas. Luchas similares se extienden a lo largo de varios continentes —Somalia, Sudáfrica, India, Sri Lanka, Medio Oriente, Asia Central, los Pirineos— y en Canadá. Miall señala 40 focos rojos de conflictos étnicos solamente en Europa.⁴ El concepto de “conflicto étnico” ha crecido para incluir hasta guerras tribales que en estricto sentido no tienen que ver con la etnicidad. Las partes beligerantes en lo que una vez fue Yugoslavia, por ejemplo, pertenecen al mismo grupo étnico y lingüístico. Pero ellos tienen un sentido de ser diferentes —de estar separados, en este caso por la religión y por la historia— y una serie de agravios mutuos que ellos piensan que se resolverán solamente por la fuerza. En los años pasados, grupos étnicos diferentes que coexistieron dentro de las mismas fronteras nacionales con frecuencia estaban geográficamente aislados y conocían poco acerca del otro. Las comunicaciones modernas, sin embargo, los acercaron más que nunca. Además, el control de la política y la burocracia nacional y la distribución de los recursos estatales se han convertido en motivos de conflicto inter-étnico, en virtud de que la mayoría imperante tiende a imponerse de manera contradictoria con los intereses de las minorías.

Una idea particularmente peligrosa está de moda en Europa Central y Oriental: los Estados deben pertenecer a las naciones (o “pueblos”) y no viceversa. Algunos Estados están adoptando constituciones que los definen como “el Estado del” pueblo croata o lituano, según el caso. Tal cosa excluye implícitamente de la ciudadanía a aquellos que no comparten esa identidad nacional particular, incitándolos por tanto a acudir a otro Estado en busca de protección. El gobierno de Estonia, que representa a un “pueblo” que comprende sólo 60% de su población, ha llegado incluso a reservar la ciudadanía a los miembros de ese pueblo. Argumenta que el resto de la población —particularmente los rusos étnicos—

⁴Robinson, Eugene. “Communal Violence Likely to Endure in Post-Cold War Era”, en *The Washington Post*, August 18, 1992, p. A-9.

comprende a inmigrantes (o sus descendientes) ilegalmente introducidos por un poder ocupante, la Unión Soviética.⁵

Un caso extremo: el de Yugoslavia

La problemática nacional en los Balcanes es de una gran complejidad y tiene su origen en una historia lejana. La República Federativa de Yugoslavia recibió la herencia de dos imperios multiseculares, el otomano y el austro-húngaro, en los que se favoreció la dispersión de poblaciones diferentes por todos lados. Los austriacos, por ejemplo, durante siglos reasentaron a campesinos serbios en regiones fronterizas de Croacia, para que los serbios (considerados feroces combatientes), pudieran servir de valla contra los turcos. Las intervenciones de los viejos imperios fueron las que echaron las semillas de un conflicto de grandes proporciones. Aunque todos los eslavos del sur (“yugoslavos”), cristianos romanos, ortodoxos y musulmanes eran étnicamente iguales, ya para fines del siglo XIX todos se sentían distintos y en pugna. Los serbios obtuvieron su independencia total de los turcos hasta 1878, gracias al Congreso de Berlín. Pero en la misma reunión las grandes potencias europeas cedieron Bosnia y Herzegovina a Austro-Hungría, mientras que Kosovo y Macedonia, a las que los serbios consideraban como su territorio, siguieron siendo parte del Imperio Otomano. De aquí arrancó la imposibilidad de crear un Estado-nación más o menos homogéneo. En virtud del Tratado de Versalles se creó la primera Yugoslavia, pero al margen de un consenso político acerca de cómo organizar una nación multiétnica de sus características.

Aunque el colapso del comunismo ha desencadenado las pasiones nacionalistas en Europa, Yugoslavia ha sido el país que ha llegado más lejos en su proceso desintegrador. En este espacio multiétnico el orgullo nacional ha sido especialmente fuerte entre los serbios. Serbia, la única república yugoslava que existió como Estado cabalmente independiente, luchó al lado de los aliados en la Primera Guerra Mundial, mientras que Croacia y Eslovenia —que constituían parte del imperio austro-húngaro— lo hicieron al lado de Alemania y Austria, los perdedores. De ahí que los serbios se sintieran los socios dominantes cuando se unieron a los croatas y

⁵ Mortimer, Edward, “Se multiplican los conflictos étnicos: existen 60 en Europa”, en *Excelsior*, 3 de agosto de 1992, p. 30-F.

eslovenos para fundar el moderno Estado yugoslavo. Las tensiones tomaron un giro sangriento durante la Segunda Guerra Mundial, ya que decenas de miles de serbios murieron en los campos de exterminio que instituyó el gobierno de Croacia, pelele de los nazis. Los croatas establecieron campos de concentración en su territorio y asesinaron a decenas y tal vez centenares de miles de serbios, judíos y gitanos. Fuerzas musulmanas de Bosnia, por su parte, también cometieron atrocidades contra los serbios durante la contienda. Al mismo tiempo, fueron serbios quienes formaron la columna vertebral de la guerrilla comunista del croata Josef Broz Tito.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, serbios, croatas y eslovenos sintieron la necesidad de vengarse, unos de otros. Pero a medida que Tito y la Liga de los Comunistas de Yugoslavia se afianzaban en el poder, fueron reprimiendo las encarnizadas rivalidades, si bien nunca las resolvieron. El mariscal Tito comprendía que era necesario mantener un equilibrio en ese mosaico étnico que gobernaba, y ello solamente era posible si controlaba efectivamente a los serbios, la nacionalidad más agresiva.⁶ El llevó a cabo una magistral demostración de equilibrio, pues contrarrestó las tendencias separatistas creando división entre las repúblicas. Para debilitar la influencia serbia, creó las provincias autónomas de Voivodina (donde los serbios fueron mezclados con húngaros y otras minorías) y Kosovo (cuna histórica de los serbios) y modificó las líneas limítrofes de modo que varios millones de miembros de esta etnia quedaran fuera de la república. Tal medida creó un profundo resentimiento en los serbios, quienes se consideraron injustamente tratados. Desde un principio, Tito intentó crear un equilibrio regional y político entre las etnias que fuera compatible con un Estado unificado y centralizado. Desde 1966 la República Socialista Federativa de Yugoslavia funcionó dentro de los márgenes de la consulta interregional y del consenso. Las medidas tomadas fueron apoyadas por el partido, la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, pero sin el consentimiento del ala de los "puros", pues demandaban un centralismo mayor. Tito sabía que este camino no tenía viabilidad y así, en 1969, el poder político pasó a las organizaciones regionales, en el marco de la paridad de las seis repúblicas, pero sin perder su capacidad como elemento decisorio en última instancia.

Este proceso se dio al calor de la independencia de Belgrado

⁶ Whitney, Carig R., *The New York Times*, "No hacer nada en los Balcanes, otra vía de intervención occidental; favorece a los serbios", en *Excelsior*, 22 de abril de 1993, p. 4.

de Moscú, hecho inusitado si consideramos tanto la precariedad de Yugoslavia como país, así como la tremenda fortaleza militar soviética. El punto neurálgico del rompimiento se dio, siguiendo la opinión de Charles Hayes, en que Yugoslavia se apartó de la Unión Soviética debido a una lealtad nacionalista muy superior.⁷

La Yugoslavia posterior a la Segunda Guerra Mundial adquirió un gran prestigio internacional gracias al rompimiento de Tito con Stalin, en 1947, a su "vía original al socialismo" y a su proyección como líder de los No Alineados. Sin embargo, en su interior Yugoslavia conservó la estructura de partido único poseedor del monopolio político hasta 1990, al estilo de todos sus vecinos comunistas. Pero con el envejecimiento de Tito fue decayendo la idea socialista, mientras que los nacionalismos tomaban un lento pero decidido impulso. Ya en la Yugoslavia de los años sesenta se advertía el desvanecimiento de la fe proletaria, que se esfumaba sin remedio en el sordo choque entre eslovenos, serbios y croatas.

Yugoslavia, país imposible

Tras la muerte de Tito, ocurrida en 1980, los líderes nacionalistas vieron la oportunidad de enderezar lo que consideraban agravios históricos en contra de los serbios. Slobodan Milosevic, adalid de la campaña en favor de la Gran Serbia, se convirtió en el actor principal de la agonía de Yugoslavia. El aparato político en el poder, en un afán de fortalecimiento y legitimación, abrazó la causa de la "reivindicación" nacional que ya se manifestaba desde años atrás. En su momento, el modelo titista de equilibrio étnico entró en crisis y profundizó un sentimiento de frustración nacional. Esto originó la elaboración de un programa político nuevo, con miras a unificar los diseminados de la nación serbia, y los objetivos se hicieron más radicales por el auge secesionista esloveno y sobre todo croata: desde la primera secesión, se presentó en términos de fuerza el "problema de los serbios" fuera de una Serbia temerosa que además perdió el acceso directo al oeste continental y marítimo. A mediados de marzo de 1991, Milosevic había exhibido un plan concreto para consolidar su poder, a través de la práctica contumaz del nacionalismo. Afirmó que Serbia tenía el solemne deber de defender a los serbios diseminados por las demás repúblicas de Yugoslavia, aun-

⁷ Hayes, *op. cit.*, pp. 207-208.

que se tuviera que recurrir a la violencia para modificar el mapa del país. “Debemos asegurar la unidad de Serbia si queremos determinar el curso de los acontecimientos futuros”, sentenciaría.⁸ ¿Qué tenía en mente Milosevic cuando decía “acontecimientos futuros”? Sin duda tenían que ver con sus planes de expansión a los que un “complot internacional” (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, El Vaticano, Croacia y hasta Rusia) se había propuesto detener. La prédica se sostenía en cualquier argumento que fuera útil para la causa. Milosevic se refiere en sus discursos a guerras que tuvieron lugar hace 600 años para incitar a los pueblos a nuevos derramamientos de sangre. Los serbios se han considerado mártires desde que los turcos otomanos los derrotaron en la legendaria batalla de Kosovo, en 1389. En el vacío dejado por la caída del comunismo, los líderes han sido hábiles para explotar los sentimientos nacionalistas, algunas veces basando sus pretensiones en versiones románticas de la historia.

El antecedente inmediato de la desintegración yugoslava se dio con la quiebra de la Liga Comunista Yugoslava en 1990 y el rechazo popular al totalitarismo y el poder monopolista del aparato estatal. Aun cuando la destrucción del sistema político no fue completa, se rompió una de las condiciones necesarias para mantener el efectivo control de la sociedad: el dominio del país como un todo. Al tiempo que se daba una penosa transición de una economía de Estado a una de mercado, seguía pesando la herencia de un orden que había destruido todo pluralismo político y la dificultad de crear instituciones democráticas.

En la nueva coyuntura yugoslava, las aspiraciones patrióticas rápidamente se pervirtieron en chovinismos agresivos. El orgullo serbio se transformó en mesianismo: los serbios no solamente constituyen la mayoría, sino que tendrían un “papel histórico” que debían cumplir. Las noticias de amenazas o sufrimientos padecidos por sus hermanos en territorio ajeno avivaron la llama de la guerra. Si convenimos en que el nacionalismo alcanza su pleno valor en la historia cuando ha operado una conjunción entre las fuerzas profundas de la mentalidad colectiva y las iniciativas de los “grandes hombres”,⁹ afirmamos entonces que el chovinismo serbio es un proyecto compartido por el pueblo y sus gobernantes.

⁸ Engleberg, Stephen, “The Man Who Shattered Yugoslavia”, en el suplemento dominical del *Times*, New York, 1 de octubre de 1991, p. 4.

⁹ Renouvin, Pierre, y Duroselle, Jean-Baptiste, *Introducción a la política internacional*, Madrid, Ediciones Rialp, S. A., 1968, p. 227.

En esta medida, la situación se vuelve más complicada de resolver, como ya ha quedado demostrado más de una vez en el siglo XX. Este proyecto no está solo, sino acompañado de otros nacionalismos feroces en los Balcanes bajo nuevos signos autoritarios. Croacia está dominada por un partido nacionalista-populista, poco tolerante para las minorías y la oposición, mientras que Serbia ya se pronunció por el modelo integralista del “total-nacionalismo”.¹⁰

El Estado-nación serbio (compuesto de Serbia y Montenegro) es ahora resultado de una síntesis entre el sistema de aparato heredado del comunismo (reconvertido en nacionalismo) y de un impulso nacionalista de larga historia. El proceso se preparó durante los ochentas y se radicalizó en la guerra contra la secesión croata y contra el mosaico multiétnico de Bosnia-Herzegovina. El aparato político-militar que quedó después del derrumbe del modelo comunista vio en el desquite por la frustración nacional serbia una manera de tomar nueva vitalidad. Al desmoronarse Yugoslavia tomaron un nuevo sentido la existencia de minorías y un nacionalismo de viejas raíces. De aquí surgió el total-nacionalismo, reforzado con la apropiación de la poderosa máquina militar federal construida a la sombra de la amenaza soviética, que una vez “serbificada” se volvió contra la secesión croata. Tito el partisano había legado un aparato militar modesto pero efectivo, de unidades móviles, bien dotadas de armamento ligero y pesado, aptas especialmente para guerra de guerrillas y combate en ciudades. Su marina es de barcos de poco calado y su aviación es de ataque a tierra. En suma, es una máquina militar diseñada y útil para mantener durante años una guerra civil.

Las reivindicaciones nacionalistas, por otro lado, se convirtieron en el motor de la construcción de un “espacio vital” para los serbios, y de la brutal “purificación étnica”, por medio de bombardeos de terror, violaciones, deportaciones y concentraciones de la población “enemiga”. A muchos observadores causa extrañeza que la violencia balcánica se da entre pueblos que difícilmente podemos considerar “diferentes”. En realidad, serbios, croatas y musulmanes son étnicamente indistinguibles. Hablan el mismo lenguaje, aunque lo escriben con caracteres diversos y sus religiones son distintas. No sin conflictos, han convivido en paz virtual durante muchos años y su origen es común. Su historia se bifurca a causa de la intervención de grandes imperios que azuzaron sus rivalidades.

¹⁰ Morin, Edgar, “Serbia, modelo ‘total-nacionalista’ que contagiará a la ex-URSS”, en *Excelsior*, 18 de marzo de 1993, p. 4.

Palabras finales: ¿una ilusión con porvenir?

Los serbios, con su "operación de limpieza", están tratando de hacer de su patria idílica una suerte de lugar étnicamente homogéneo. Eso es imposible e inapropiado para Europa. Ha llegado el momento de considerar a la autodeterminación nacional como la base en la que la sociedad internacional está organizada y sustituirla por otros valores. Más bien hay que empezar del principio de que todas las poblaciones no deberán ser responsabilizadas o castigadas por los crímenes del pasado. En particular, debería permitirse a las poblaciones civiles quedarse donde están y no debiera negárseles derechos humanos o civiles sobre la base del origen étnico, idioma o identidad nacional.

El principio del derecho a la autodeterminación para las naciones que no cuentan con un Estado propio, en rigor, puede conducir más a la violencia, la guerra civil y la represión que a la construcción de un orden internacional más civilizado. Aceptamos que tal principio tuvo un impulso revolucionario y un momento apropiado para proclamarse y establecerse. Pero ahora, cuando los procesos globales demandan respuestas inéditas, suena más bien anacrónico. Si a los 7,000 grupos étnicos y lingüísticos del mundo se les diera un Estado, renacería el tribalismo y el asunto no tendría fin. El destacado historiador británico Eric J. Hobsbawm nos señala que no hay más de una docena de los 170 países de la tierra que tienen una población étnica y lingüísticamente uniforme.¹¹ La experiencia muestra que la correspondencia etnicidad-Estado virtualmente no existe en el mundo, y que los Estados nuevos han tendido a repetir la experiencia de etnias dominantes y etnias dominadas. La independencia de una nación puede ser el inicio de la opresión de otra. Muchas veces parece que el principal motivo de la liberación nacional no es salir de la situación de minoría en un país de otros, sino adquirir minorías propias para luego maltratarlas. La única forma aparente de evitar esta dominación consiste en multiplicar las unidades y jurisdicciones políticas, permitiendo una serie de separaciones. Sin embargo, esto crearía una cadena interminable y surgirían grupos cada vez más pequeños, que reclamarían el derecho a la autodeterminación, con lo que se entraría a un callejón sin salida. Ernst Geller tiene clara la cuestión cuando afirma que en la tierra hay gran

¹¹ Hahnhardt, Wener y Lersch, Paul (*Der Spiegel*), "La integración político-económica, freno al ánimo imperialista alemán", en *Excelsior*, 12 de abril de 1993, p. 4.

cantidad de naciones potenciales. Pero nuestro planeta no puede albergar más que un número limitado de unidades políticas autónomas e independientes. Cualquier cálculo arrojará un número de naciones en potencia mucho mayor que el de Estados factibles que pudiera haber. Si este razonamiento es correcto, no todos los nacionalismos pueden verse realizados en todos los casos y al mismo tiempo. La cristalización de unos, por necesidad, significa la frustración de otros. Por otra parte, este razonamiento se ve reforzado por el hecho de que la mayor parte de estas naciones potenciales que existen en el globo viven, o han vivido hasta hace poco, no en unidades territoriales homogéneas, sino mezcladas unas con otras. De aquí se sigue que en tales casos una unidad política territorial sólo puede llegar a ser étnicamente homogénea, bien exterminando, bien expulsando, o en el mejor de los casos asimilando a todos los no nacionales.¹²

Para finalizar, conviene destacar que en el resurgimiento del nacionalismo en Europa Central y Oriental destacan las siguientes circunstancias:

- 1) La desaparición de unidades territoriales imperiales. Históricamente, el derrumbe de imperios multiétnicos ha sido sucedido casi de inmediato por la emergencia de particularismos nacionalistas. La caída de la Unión Soviética puso en crisis las fronteras establecidas, no sólo al interior de lo que fue su espacio político, sino también en partes de Europa Oriental y Central y los Balcanes. La desaparición de Alemania Oriental y su reunificación con Alemania Federal fue el cambio importante más inmediato, seguido por la separación de los checos y eslovacos, y de Croacia y Eslovenia de la federación yugoslava.
- 2) El miedo al futuro. La pérdida de puntos de referencia individuales y grupales ha traído como consecuencia un sentimiento de desolación ante el porvenir. Si a estos referentes perdidos se agrega una caída del bienestar alcanzado, el único valor que queda es el del origen mítico, la venganza por agravios étnicos del pasado y la elaboración de chivos expiatorios. De aquí parten en algunos países de Europa los movimientos xenófobos y chovinistas que

¹² Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, México, CONACULTA y Alianza Editorial, 1991, pp. 14-15.

defienden la “identidad nacional”. Estas son circunstancias propicias para que partidos nacionalistas de extrema derecha atraigan prosélitos.

- 3) La inmigración masiva. Los movimientos de población provenientes del Este europeo, sobre todo hacia Alemania, han engendrado pavor hacia el extranjero, en quien ven el vehículo del virus de la destrucción social. Sus notorias diferencias con los nativos los han convertido en chivos expiatorios de los problemas que les agobian. Por ejemplo, en la ex-Alemania Oriental el desempleo, los resentimientos y la ansiedad han explotado en cientos de ataques de los grupos ultranacionalistas conocidos como “cabezas rapadas”, en contra de los extranjeros que buscan asilo. Por lo demás, Alemania mantiene el “derecho de la sangre”, que niega a los hijos de extranjeros nacidos aquí el derecho a la nacionalidad germana. Incluso más al este, muchos siguen culpando a los extranjeros por sus problemas. En Bohemia y Moravia han proliferado los grupos neonazis y “cabezas rapadas” y han aumentado los ataques xenofóbicos contra gitanos y trabajadores inmigrantes.
- 4) La intencionada resurrección de viejos fantasmas. Después del Holocausto, que mermó significativamente las poblaciones judías en Europa Oriental, el antisemitismo en la posguerra se mantuvo a partir del rol prominente que algunos judíos adoptaron en la imposición del modelo soviético. Este es un tema que perdura en Polonia, que se extiende por la Rumania actual y que se presenta en un grado menor en Hungría y Eslovaquia. La “cuestión judía” ha revivido con la caída de los regímenes comunistas y se ha convertido en un elemento inextricable de los conflictos de identidad nacional de húngaros, polacos y checos.
- 5) La exacerbación del individualismo. La pérdida de referentes grupales, cuando se tuvieron (partido proletario, clase obrera), desató también una vuelta a los valores del grupo pequeño como la familia, y el acopio de esfuerzos individuales para sobrevivir en un ambiente de caos creciente. Parte de esta vuelta al individuo como célula básica fue el desarrollo del regionalismo y la exaltación de las culturales locales. Es más, en muchas partes la conciencia colectivista dejó mucho que desear, a pesar de las apariencias. La burocratización de la vida pública generó una gama va-

riada de simulaciones, que salieron a la luz con la caída del socialismo. Entre ellas, el antes condenable individualismo.

- 6) La emergencia de una nueva idea del Estado-nación. Esta corresponde a la aparición de una forma de renacimiento nacional caracterizada por el regreso a la soberanía real de Estados que antes existía en el papel, como Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria. Se puede incluir en esta forma a la libre adhesión de la ex-Alemania Oriental a la República Federal Alemana. En este marco se incluye también la reaparición de Estados soberanos que antes tuvieron una existencia internacional reconocida, como en los casos de Lituania, Letonia y Estonia (que existieron de 1920 a 1940) de Georgia y Armenia (antes de su absorción por el imperio zarista). Asimismo, debemos considerar a los Estados que nunca existieron más que en el interior de federaciones multinacionales o en condiciones efímeras y que nunca fueron reconocidos internacionalmente: Eslovenia, Croacia, Macedonia, Bielorrusia, Ucrania, Azerbaiyán, Kazajstán; las cuatro repúblicas de Asia Central, también se encuentran en este caso.

El análisis del nacionalismo europeo en nuestros días, después de la desaparición de la Unión Soviética, de su zona de influencia y del llamado socialismo real, nos conduce a pensar que en sentido estricto no es un fenómeno nuevo. En muchos sentidos, es una historia que se repite, en tanto que se mantengan los particularismos étnicos, lingüísticos y religiosos en contradicción permanente. Más aún: la historia, en su continuo vital, agrega en forma cotidiana elementos que agravan tales diferencias. La violencia usada por los bandos en conflicto, tal como se ha visto en los Balcanes y en la ex-Unión Soviética, poco contribuye a que haya un pronto retorno al camino de la paz. Tal cosa, sin ignorar la fuerza de las circunstancias objetivas que marcan nuestro tiempo. Al parecer, la llamada "cuestión nacional" seguirá siendo relevante en el tiempo por venir.